

¿Resultado? Un acuerdo en vez de un protocolo

Copenhague: una Cumbre del Clima bilateral con Europa al fondo

Elisa G. McCausland

EL PROTOCOLO PARA LA LUCHA contra el cambio climático más esperado de esta década se ha quedado en *acuerdo*. Todos aquellos que vieron en la Cumbre de Copenhague una oportunidad de actualización del Protocolo de Kioto —cuyo objetivo era reducir un 5,2 % las emisiones de gases de efecto invernadero globales sobre los niveles de 1990 para el periodo 2008-2012— se han tenido que volver a sus respectivos países lamentándose de una cumbre que, además de no estar a la altura de las expectativas, ha dejado en evidencia la falta de liderazgo de la Unión Europea frente a los dos grandes protagonistas, China y los Estados Unidos.

Este traspíe de la UE se ha traducido, recién estrenada la Presidencia española, en inminentes reuniones entre los ministros de Medio Ambiente de la UE. La primera de ellas, el llamado Consejo Informal, celebrado del 15 al 17 de enero en Sevilla. ¿Objetivo de esta reunión? «Los retos tras la Cumbre del Clima de Copenhague, la gobernanza internacional y la cooperación tecnológica». O, lo que es lo mismo, recuperar la iniciativa en el debate por el cambio climático con vistas a liderar el proceso que dará continuidad a la 15ª Conferencia de las Partes de la Convención Marco de Naciones Unidas para el Cambio Climático, ya que en esta reunión se analizará el modo más eficaz para desarrollar los doce puntos del Acuerdo de Copenhague de cara a la próxima Cumbre sobre el Clima, que se celebrará en México el próximo noviembre.

Lo que dice el acuerdo

Un *acuerdo* legalmente no vinculante que recomienda financiación para las naciones pobres por parte de las «naciones desarrolladas». Concretamente el documento sugiere «movilizar conjuntamente 100.000

millones de dólares al año para el 2020» con el propósito de abordar las necesidades de los países en desarrollo; a esto se le añaden los planes de reducción de emisiones de CO₂, incluidos en dos anexos —en ellos se pueden encontrar los objetivos de los países desarrollados separados de los «compromisos voluntarios para la mayoría de los países en desarrollo». Los compromisos de supervisión fueron uno de los principales puntos conflictivos debido a que China se ha negado, tradicionalmente, a aceptar controles internacionales. El protocolo acordado se limita a recomendar que las economías emergentes vigilen sus esfuerzos y comuniquen los resultados de sus políticas medioambientales a las Naciones Unidas cada dos años; no obstante, aquellas que reciban financiación de naciones más boyantes estarán sujetas a un mecanismo sancionador por decidir.

Voces críticas

Con las comprobaciones sobre la transparencia de los métodos todavía por concretar y la estrategia en materia de carbono en estado de latencia —el texto tan solo apunta que se perseguirán distintas estrategias, «incluyendo oportunidades para utilizar los mercados para mejorar la efectividad-coste y promover las acciones», el futuro del clima se torna un tanto nebuloso. Greenpeace y Ecologistas en Acción, en calidad de organizaciones sociales asistentes, subrayan que la llegada del presidente de los Estados Unidos, Barack Obama, fue el punto de no retorno de la cumbre, momento en el que se desveló la estrategia de este país en las negociaciones. ¿Cuál? Convocar a 24 países para elaborar un texto «con contenidos cada vez más vagos y menos ambiciosos», en opinión de Ecologistas en Acción, para después presentarlo al resto de países —más de 100—, a los que Connie Hedegaard, ministra danesa de Clima y

Energía y presidenta de la Cumbre tan solo concedió una hora para analizar y aprobar. Las posturas más ambiciosas de los países del Sur se diluyeron, al igual que los esfuerzos del grupo de trabajo sobre el Protocolo de Kioto, con la propuesta, a puerta cerrada, de este *acuerdo* no vinculante entre los jefes de Estado de China, India, Brasil, los Estados Unidos y Sudáfrica. La ONG ecologista sentenció al respecto: «Si las reglas cambian, y se deja de atender a la responsabilidad histórica y a la toma de decisiones por consenso, la lucha global contra el cambio climático perderá en democracia y, consecuentemente, en efectividad».

Confianza en el futuro

Anthony Giddens, por su parte, ha arrojado a los medios de comunicación¹ un punto de vista de la situación más optimista. En opinión de este sociólogo «puede que el mundo, sin darse cuenta, se haya topado con la forma más esperanzadora de comenzar realmente a contrarrestar el cambio climático». Según él, el potencial para el cambio reside en las potencias emergentes implicadas en la elaboración del documento —China, India, Brasil y, en menor medida, Suráfrica— y en las futuras interacciones de estas con el «país industrializado más contaminante». Cómo hacer más sólido este *acuerdo* pasa por las propuestas de reducción de emisiones que los países industrializados tienen que presentar antes del 31 de enero. Las buenas intenciones ya no son suficientes, solo con hechos se podrá convenir a todos los países en vías de desarrollo de que acepten el *acuerdo* y propongan planes de reducción serios y convincentes. En un escenario donde casi el 90 % del total de emisiones es responsabilidad de apenas veinte países, el compromiso con el resto del orbe no ha de ser una promesa, sino una obligación. ■

Foto: Greenpeace

1. Tribuna para *El País*: «Una lectura positiva de Copenhague» (14 de enero del 2010)